

ESPAÑA PINTORESCA.



EL CASTILLO DE AGUILAR.



PMEJIDAS las huestes musulmanas desde las orillas del Tajo hasta el otro lado del Genil por nuestras armas vencedoras, la guerra se encrudació entre ambos pueblos, pugnando el infiel por recobrar el usurpado señorío, y el castellano por lanzar del suelo de sus mayores la raza proterva de los hijos del Islam. Las villas y castillos fronterizos al reino de Granada opusieron fuerte dique á la saña de los primeros, abriendo campo á los segundos en que ejercitar sus virtudes militares, sus planes de conquista, y mas de una vez sus enconos y peculiares venganzas; que de todo nos enseña la historia de aquellos siglos.

Poley, villa fuerte y poderosa, asentada sobre las ruinas del Ipagro de los griegos, á siete leguas de Córdoba hácia el Sur y en el corazon de Andalucía, fue reputada punto importante desde su conquista por Fernando III en 1240. A ello contribuía no poco su posición geográfica y la antigua fortaleza erigida por los romanos en la parte oriental de la población, capaz aun de resistir á los embates del enemigo, siempre que intentase invadir la frontera. Esta razón, unida á las circunstancias del país, pingüe por su riqueza agrícola, determinaron al santo rey á conservarla en su corona, cediendo en tanto el señorío de algunos de los lugares sometidos, á los maestros, prelados y rico-hombres que le ayudaron y sirvieron en esta guerra. El del castillo de Poley comprendía un vasto territorio, en el cual habia edificados varios fuertes de menor importancia, que, andando los tiempos convirtiéronse en otras tantas villas ó ciudades, depositarias de sus primitivos nombres. Eran estos, Mon-

terique (hoy Monturque), Montilla, el Ponton (hoy puente de D. Gonzalo) y Castil-Anzur, lugares todos defendibles por la naturaleza y por el arte, de las irrupciones estrañas, y puntos de contacto con los límites de varios estados poderosos, cuyos concejos y pendones, auxiliándose mutuamente en los mayores peligros, arrancaron en diferentes encuentros á los infieles los despojos de sus victorias, ó reprimieron sus álgaras por el país.

Muerto San Fernando y corriendo los años de 1258, D. Alonso el Sábio su hijo trocó el señorío de Cabra, incorporado recientemente á su corona, con el de Aguilar ó Poley, propio á la sazón del concejo y ciudad de Córdoba, según nos muestra el privilegio rodado de Valladolid, fecha 5 de febrero del mismo año. El objeto de esta permuta parece fue, el otorgar nueva merced de los estados de Poley por juro de heredad perpétuo á favor de D. Gonzalo Yáñez Dobinal, rico-hombre portugués, de la antigua familia de los Aguires ó Aguilares de aquel reino, y aventajado en armas no menos que señalado en lealtad y buenos servicios á los reyes de Castilla. Pero tan raras prendas en tiempos turbados y azarosos no quedaron exentas de lunares, que empañaron su lustre. Aceptada la merced del señorío de Aguilar por D. Gonzalo, y prestado el juramento de fidelidad á D. Alonso, vióse con escándalo poco después, que alzada la bandera de rebelion por el infante D. Sancho, y comunicando el fuego á estas provincias, quebrantó el primero sus palabras, rompió los lazos de gratitud que parrá con el soberano contragera, y ayudó en su empresa á

25 de octubre de 1840.

Segunda serie.—TOMO II.

este príncipe, siguiéndole despues; hasta que, por los años de 1283 trabada una sangrienta refriega entre las gentes de D. Sancho y los moros de la Vega de Granada, con grave riesgo de la vida de su gefe. Don Gonzalo, ansioso de libertarle, se internó en la lid, y cayó atravesado por los golpes de los contrarios: castigo terrible, pero justo, de su anterior alevosía.

Sucedíole en el estado un hijo suyo del mismo nombre y de notable fama, así por su valor como por su riqueza, el cual adoptó para sí y dió por blason á su villa de Aguilar, un águila negra en campo de plata y las barras del condado de Barcelona, de cuyos señores descendía por línea de hembra. Muerto este en 1312, heredóle su hijo primogénito D. Gonzalo, de quien tanto nos dicen las historias. Acompañado de su hermano Fernan Gonzalez de Aguilar, sirvió á D. Alonso XI en su minoría, adquiriendo ambos gran loa de buenos vasallos y capitanes valerosos. Pero las turbulencias de Andalucía y la rebelion de Córdoba contra los tutores, á cuya cabeza estaba el adelantado de la Frontera D. Juan Ponce, señor de Cabrera, los envolvieron en la comun desgracia: pues personándose el rey en aquella ciudad, como supiese los desmanes de D. Juan, y las injusticias, robos y cohechos de Di Sanchez, gobernador de Jaen, que ayudado de los Aguilares mantenía secretos tratos con el rey moro de Granada, hizo los juzgar, y condenó al primero á ser degollado, precipitando al segundo por el puente del Guadalquivir. Temerosos de igual suerte los hermanos Aguilares, pasáronse á los infieles, concertáronse con el rey Josef, y tomaron la vuelta de su estado, en el que hicieron la guerra á su soberano legítimo: mas apercibido con tiempo D. Alonso, partió con buen golpe de los suyos contra Aguilar, el cual sin esfuerzo ni combate se entregó, solicitando los rebeldes el perdon del monarca. Olvidando este en apariencia la ofensa, dejóles ir libremente en su compañía, dando á poco en la batalla del Salado el mando de la retaguardia á D. Gonzalo de Aguilar, juntamente con D. Pedro Nuñez. Pero como su comportamiento en ella no desmintiese la anterior conducta, fue arrestado y preso de orden del rey en la torre de Cartagena, donde murió, dejando un hijo pequeño que huyó á Portugal. Fernan Gonzalez su tio tomó posesion del estado; pero á poco murió tambien á manos de los infieles, yendo á socorrer á los cristianos sitiados en aquella torre.

Entonces D. Alonso agregó á la corona el señorío de Aguilar, año de 1345, quedando así unido hasta el reinado de D. Pedro, el cual, por los de 1352, lo donó á su ayo y favorito D. Alonso Fernandez Coronel, con la gracia de rico-hombre. Muy mal correspondió D. Alonso á esta gracia; porque desavenido con Alburquerque á poco tiempo, volvió sus armas contra el rey, haciéndose fuerte en su castillo de Aguilar. Mas D. Pedro le cercó allí, y al cabo de algunos meses se rindió la villa, que fue entrada á saco; despues la fortaleza con sus defensores, en 1.º de febrero de 1353, en cuyo día fueron delante del castillo decapitados, D. Alonso Fernandez Coronel, su sobrino D. Pedro, con otros deudos y cómplices de su delito: con esto volvió tercera vez el estado á la corona; pero el rey lo dió nuevamente, tres años despues, al Maestre de Calatrava D. Martin Lopez de Córdoba, del cual es bien sabido que murió defendiendo los hijos y tesoros de D. Pedro en el cerco de Carmona en 1370; ó mejor, que fue de sus resultas preso y degollado en Sevilla de orden del rey D. Enrique, en el citado año.

Su muerte dejó vacante el señorío de Aguilar, cuya posesion solicitaron porfiadamente D. Bernardo de Ca-

brera y D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, alguacil mayor de esta ciudad, la cual habia mantenido con bizarro denuedo por D. Enrique, durante su ausencia en Francia, y libertado del asedio de las huestes del rey su hermano. Ambos alegaban deudo con los primitivos Aguilares, y aun lo habia muy cercano D. Bernardo de Cabrera; prevaleció sin embargo el derecho de la privanza al de la sangre, y D. Gonzalo obtuvo el estado, si bien por pura y simple merced, que no por parentesco, ni por herencia de familia. En 30 de julio de 1370 se despachó carta real á su favor, y desde entonces hasta nuestros dias lo han poseido sus descendientes los marqueses de Priego y condes de Feria. Hoy anda en los duques de Medinaceli, juntamente con sus castillos y aldeaños, reducidos, como va dicho, á otros tantos pueblos de notable riqueza y vecindario.

Fortaleció, reedificó y ensanchó D. Gonzalo su villa de Aguilar, y para mayor defensa erigió sobre el antiguo baluarte romano, desmantelado y casi destruido desde la resistencia de Don Alonso Coronel, un espacioso é inespugnable castillo, no menos célebre por la estructura solidísima de sus obras exteriores, que por su bella arquitectura.

Sobre un cuadrilátero ó estribo de sillería, antiguo cimientó de la fortaleza de Ipagro, arranca el lienzo de muro y frente meridional del castillo, de 240 pies de longitud, el cual se halla sostenido por dos anchos cubos circulares, y una torre cuadrada que defiende toda la parte oriental, y principalmente la puerta situada cerca del ángulo, que la enlaza con la fachada del mediodía. Admirable por su sólida construccion sobre un tajado peñasco, ofrecen sus muros por algunos sitios masas enormes de cerca de cuatro varas de espesor; y como si aun todavia no bastase tan bien meditada defensa á resguardar la entrada de cualquier asalto imprevisto, adelantase al lado izquierdo y á respetable distancia del muro interior un baluarte, circular tambien, coronado de almenas, penetrado con espilleras, y defendido de un foso, el cual servia de barbacana á la fortaleza, dominando las obras exteriores el circuito antiguo y parte de la poblacion derramada en la próxima vertiente de la colina. Esta torre tuvo su entrada única por el muro meridional, y se halla á su vez dominada por el torreón circular de la izquierda, entre el cual y la puerta hay practicadas garitas salientes, sostenidas en vistosos remates, sobresaliendo entre sus labores águilas rapantes, símbolo del estado de aquel nombre. Este signo y los demas blasones de los primeros Aguilares fueron colocados por Don Gonzalo de Córdoba sobre la puerta principal del castillo, donde subsistian todavia en 1782.

Los demas lados exteriores de él guardan la misma proporcion, alternando los torreones ó cubos en los ángulos con las garitas intermedias, siendo tal la prolijidad del arquitecto de esta obra que para que cada una de sus partes correspondiese al todo, exornó los cubos con festones, cadenas, hojas y gairnaldas en relieve del mas acabado gusto.

La distribucion interior, aunque casi borrada por la mano del tiempo y el vandalismo de la ignorancia, se deja bien conocer: despues de pasado el ámbito ó soportal abovedado, dentro del cual giraban las puertas, nótese el lugar que debió ocupar la escalera, y hácia la mitad del muro los machones y arcos de sillería que sostenian el pavimento del salon del homenaje, situado hácia la parte de oriente en la misma torre cuadrada de que va hecha mencion. Tiene este de largo cerca de 75 pies por 30 de anchura, y aun se notan en sus frentes los estribos de la grande ojiva que le cerraba, y los junquillos ó aristas

cruzando en opuestas direcciones hacia la clave principal. Tres ventanas, casi borradas hoy, hubieron de dar luz á tan grandiosa estancia; la una sobre la puerta, la otra sobre el patio grande del castillo, y la tercera en la misma torre oriental. Hacia el lado del sur corre una galería, destinada sin duda en su parte baja á los departamentos donde se alojaba la guarnición, y en el segundo piso á los de los dueños y su servidumbre. Entre la galería y el gran salón se encuentra el patio, de proporciones y vastas dimensiones, de 110 pies de largo, y cerca de 85 de ancho, el cual enlazaba las habitaciones meridionales con las septentrionales del castillo por pasadizos, destruidos hoy totalmente. Ocupan su centro dos aljibes, largos como de 24 pies por 15 de anchura, en el mas deplorable estado, obstruidos de escombros, y quebrantados ó hundidos sus bóvedas de ladrillo por los enormes sillares derrumbados de la fortaleza, sillares que, mas bien que el transcurso de los siglos, ha desprendido una orden bárbara y antinatural; una medida que, so pretexto de mejorar el piso de las aceras de la villa, dió en tierra con un monumento ilustre de las artes, testigo de nuestras glorias, teatro de sucesos importantes, y cuna de varones eminentes. Cuando el presbítero Don Fernando Lopez de Cárdenas escribía sus apuntes de la historia de Aguilar (1) (de donde hemos extractado estas noticias) á fines del pasado siglo, el castillo de Aguilar se encontraba habitable, casi intactos sus muros, útiles sus torres, y digno de ser visitado; hoy, gracias á una reprensible despreocupación mas funesta que todas las preocupaciones de la antigua aristocracia española, es solo un estéril monton de ruinas, blanco de la ingratitud y olvido de la generación presente.

M. DE LA CÔRTE.

BELLAS ARTES.

ESPOSICION DE LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.



tristísimas reflexiones nos conduciría la pública esposicion de pintura y escultura que acaba de verificarse en las salas de la Academia, si tratásemos de meditar sobre las causas que han debido influir en la escasa escasez de obras presentadas en ella. Pero esas reflexiones, por mas dolorosas que fuesen, no alcanzarían á remediar un mal positivo y evidente, un mal que descubre el estado de desaliento en que hace algunos años se encuentran las bellas artes en España; y por cierto que las declamaciones filosóficas no bastarían para sacarlas del estado de postracion en que las vemos, ni para allanar los obstáculos que á su fomento se oponen. Baste saber, por lo mismo, que la esposicion de este año ha sido sumamente pobre, no solo en el número, sino en la calidad de las obras presentadas.

Cortísimo es el catálogo de las que merezcan hacer de ellas mencion honorífica; con el sentimiento ademas de no hallar, entre las que están en ese caso, ninguna perteneciente al género historial; á ese género que descubre á toda luz la estension de los conocimientos artísticos de un

profesor, su imaginacion, su sensibilidad y el estudio que ha debido hacer del hombre moral, única fuente del idealismo, y de la sublimidad del pensamiento dominante en la ejecucion de su obra. No por eso se entienda que nuestras doctrinas artísticas desechan, de cuadros que no sean históricos, las condiciones que en estos exigimos; pero si bien cabe en los retratos el estudio filosófico que de ellos debe hacerse, siempre será en menor escala, y con relacion á una condicion espresa, cual es la semejanza, de la que ningun artista puede ni debe desentenderse.

Dejando para despues consideraciones de naturaleza análoga á la de las presentes, pasemos á dar alguna idea de las obras mas acabadas de la esposicion de este año.

El cuadro que sin disputa campea á la cabeza de todos es el del señor Tejeo, compuesto de retratos de familia, de cuerpo entero y tamaño natural. La composicion está bien entendida; tiene sencillez y buen efecto; su dibujo es correcto y severo, cual era de esperar de un profesor que se distingue siempre por esa aventajada cualidad: buen partido en los paños, con excelente efecto en la sedería; entonacion vigorosa y reposada en lo general; dureza en algunos tonos poco jugosos de las carnes, con especialidad en la cabeza de la señora: la figura de su esposo es la que hallamos mejor dibujada y pintada.

A la inmediacion de este cuadro habia otros dos de familia de menor tamaño que el tercio del natural, pintados en Paris por Don Carlos Rivera. Las figuras tienen buena casta de color; mas no nos atreveremos á decir otro tanto del pais que les sirve de fondo: en este no vemos bastante estudiada la variedad y el reposo conveniente de tonos para un pais que sirve de fondo á una composicion. Tal vez tenga en ello mucha parte la premura con que se haya ejecutado; y á la verdad no dejan de advertirse en la misma algunos accidentes que dan bastante valor á semejante sospecha. De todas maneras, no hemos hallado en estos dos cuadritos la mano maestra que pintó la marcha al suplicio de Don Rodrigo Calderon.

En la misma sala se veia un busto de mármol blanco, bastante bien trabajado por Don Francisco Perez, retrato de la difunta marquesa de Santa Coloma.

Muy pocas obras ocupaban la sala de entrada, otros años llena de las presentadas por los señores académicos. Lo mas notable que en ella habia, era un busto en yeso de nuestro célebre Calderon, ejecutado por Don Sabino Medina; un grupo igualmente en yeso, mitad del natural, que representa á Cain matando (con la vulgar quijada de que no habla la Sagrada Escritura) á su hermano Abel. Este grupo, ejecutado por Don Francisco Elías, descubre las felices disposiciones del autor, y la utilidad que podrá sacar de los modelos del antiguo que para ello ha consultado, si acierta, como es de esperar, á conocer los primores del arte que en aquellos se encierran. Del mismo autor es tambien un bajo relieve en yeso, que si no nos equivocamos representa á Priamo á los pies de Aquiles, pidiéndole el cadáver de Hector. Composicion difícil para un bajo relieve, y muy delicada por la fuerza de expresion que debe animar el rostro de esos dos personajes.

En la sala inmediata llamaba solamente la atencion un cuadro al olio de la señorita Weis, que no sabemos lo que representaba, pintado con bastante ligereza y diafanidad de tintas, aunque un poco frias: una vista de la casa que habitó en Segovia Juan Bravo, uno de los gefes de las comunidades de Castilla en el siglo XVI, pintada con bastante verdad y buen efecto por el señor Abrial; y el interior del salon de embajadores de la Alhambra, ejecutado á la aguada por Don Manuel Ruiz de Ogarrio, en

(1) Este manuscrito existe hoy en poder de un sugeto aficionado, natural y vecino de esta villa.

El diseño que va por cabeza del artículo presente fué sacado en presencia de su original, tal como existe actualmente, en mayo de 1839.

el cual no sabemos qué cosa sea mas digna de admiracion, si la rigurosa exactitud con que estan ejecutados los innumerables adornos, grecas y leyendas arábigas de distintos colores y matices que resaltan en el dibujo, ó la incomparable paciencia y fatigosa constancia de que es menester hallarse provisto para llevar á cabo tan impropio trabajo. Obra de raro mérito que siempre hará honor á los conocimientos del Sr. Ogarrío.

Sentimos de todas veras no poder hacer mencion de varios cuadros que hallamos al paso hasta llegar al gabinete de retratos de la academia, en el que habia uno, de que hablaremos ahora; porque así aquellos, como la mayor parte de los colocados en las restantes salas hasta la salida, darian motivo á largas censuras artísticas, con particularidad los tres únicos cuadros que representaban sucesos históricos; ademas de no saber si sus autores se conformarian con ellas, ó si nuestro buen deseo seria equivocadamente interpretado de otra manera. Sabemos, sí, apreciar como es debido los esfuerzos de un artista que desea adelantar en su profesion; sabemos tambien que debe errar en sus ensayos, y hasta sabemos respetar esos mismos errores que á su tiempo sirven de utilísima leccion al mismo que los cometió. Si hay en efecto talento y disposicion en el artista, el estudio y la práctica le enseñarán el camino del acierto; no es menester desalentarle anticipadamente con un cúmulo de observaciones y preceptos que no pueden ser abarcados ni comprendidos de una vez. Repetimos que respetamos hasta los errores de un principiante, porque tal vez se oculta detras de ellos un artista eminente. Estos motivos nos obligan á guardar silencio respecto de esos cuadros para detenernos en uno pequeño pintado por el Sr. Alenza, tan conocido ya como imitador del célebre Goya.

Ese cuadro representa un sacerdote que va á administrar el santo viático, sin duda á algun pobre, segun las pocas luces que lleva, y la clase de personas que le acompañan. Toque libre y fácil, que es la manera peculiar del autor; suma verdad en los caracteres de los personajes, y agradable efecto de claro-oscuro por el gusto y tono vigoroso de Rembrandt. Son tambien del mismo profesor varias aguadas y dibujos de pluma, ejecutados con la ligereza, buen efecto y gracia que tan diestramente sabe emplear siempre que pinta escenas populares.

En la sala de la biblioteca habia dos cuadritos del señor Romero; el uno era retrato de un sacerdote, pintado con bastante verdad en las tintas: el otro representaba una joven sentada, á quien un mancebo sorprende por detras, tapándola los ojos con las manos. Estos dos cuadros pertenecen á la escuela particular del señor Gutierrez, de quien acaso el autor será discípulo. El segundo de estos dos cuadros nos llamó la atencion por la transparencia y jugó de sus tintas, especialmente en las carnes, y por las buenas máximas en la distribucion del claro-oscuro.

Nuestras doctrinas, que nunca son exclusivas en ninguna materia, nos conducen á aplaudir lo que esencialmente es bueno, aunque lo hallemos en una escuela distinta de la nuestra. He aquí por qué en la manera especial de la actual escuela de Sevilla, nos agrada esa casta de color que, sin ser la de Murillo, como pretenden sus discípulos, participa sin embargo de las buenas máximas de la antigua escuela en cuanto al ambiente, entonacion y blandura de sus tintas; y solo deseáramos un poco mas de limpieza en estas, y mas correccion en el dibujo.

En la misma sala se ha espuesto una copia de un cuadro de Horacio Vernet, ejecutada en Paris por el señor Ortega, uno de los jóvenes que sobresalen entre nosotros por sus grabados en madera. El asunto versa sobre una

anécdota ocurrida entre Miguel Angel y Rafael, en ocasion de encontrarse estos dos grandes artistas en una de las escaleras del Vaticano. Julio II, protector de ambos, aparece en lo alto de estas, imponiendo silencio á sus cortesanos para escuchar la contienda de los dos célebres rivales (1).

La composicion es buena, con bellos y bien distribuidos grupos, excelente dibujo segun el gusto de la escuela romana. Pero se advierte escesa dureza en las tintas, y sobre todo absoluta falta de perspectiva aérea; porque careciendo de ambiente la composicion, sus diversos planos ó términos se vienen adelante como si estuvieran en uno mismo todas las figuras que entran en ella.

Con este motivo no podemos menos de hacer una observacion importante acerca del estado de la pintura entre nosotros. Demasiado apegados á seguir la escuela romana y la francesa, no tan solo en el dibujo, lo cual aplaudimos, sino tambien en el colorido, que para nada necesitábamos imitarlo de esas escuelas, hemos abandonado las verdaderas y excelentes máximas de color que nos legaron en sus obras nuestros grandes artistas, y los principios que les guiaban en el interesante estudio de la perspectiva aérea; hemos renunciado, en suma, á tener una escuela original, una escuela verdaderamente española, de que actualmente carecemos.

Algunas veces hemos llegado á creer que la causa de no tener escuela original consiste en que varios de nuestros profesores de pintura han hecho su principal estudio del colorido en Roma y en Paris. Sabemos muy bien que la escuela romana, como conjunto de obras clásicas de pintura y escultura, es la mas á propósito para formar grandes artistas. Pero ¿es indispensable que estudien en ella el colorido? ¿No bastaría para el objeto que allí les conduce, limitarse á estudiar el dibujo y la composicion en presencia de los excelentes originales del antiguo, de Rafael y Miguel Angel? El estudio del modelo vivo y de los cuadros de la escuela flamenca, veneciana y española, de que hay abundante copia en nuestro Museo, ¿no bastaría para formar excelentes coloristas? Por nuestra parte no vacilamos en la afirmativa.

En buen hora que vayan á Italia á ensanchar la esfera de sus conocimientos á vista de los restos de la antigüedad y con presencia de los cartones de los artistas mas celebrados, ya que no sea posible adquirirlos para nuestras galerías; pero á lo menos resérvese á su patria la gloria de haberles dado una escuela de color que será original, y sin duda mas aventajada, que la imitada por moda en pais extranjero.

Concluiremos por fin escitando el celo de los señores que intervienen en las públicas exposiciones de la Academia de San Fernando, para que procuren verificarlas en local mas ventajoso al efecto que se busca en las obras del arte. Las salas de la Academia, pequeñas, sin puntos de distancia, con luces bajas y de mala calidad, son lo mas á propósito para privar de una parte de su mérito al cuadro de mas bien estudiado colorido.

(1) No podemos menos de llamar la atencion del gobierno sobre la exorbitancia de los derechos de entrada, impuestos al cuadro de que hablamos. Aunque á punto fijo no podemos señalar la cantidad, tenemos entendido que subió á unos 500 rs. poco mas ó menos. No alcanzamos por qué á un artista que ha trabajado una obra, y la trae á su patria tal vez para honrarla con ella, se le impone tan asombroso derecho. Y en el caso de haber causa legítima para hacerlo así, ¿cuántos miles deberían recargarse á los cuadros franceses que se introducen en la Península?

CUENTO DE LA ALHAMBRA.

(Conclusion. Véase el número anterior)



En embargo, al cabo de algunos instantes creí distinguir, á pesar de la oscuridad, una multitud de individuos en traje oriental, unos á caballo, otros á pie, que de los treinta y dos vientos habian acudido á la embocadura de la sima, como abejas á la puerta de una colmena. Pero mi guía, antes de darme tiempo á que le pidiese esplicacion, apretando los hijares de su caballo, se habia lanzado con la multitud en la caverna. Descendimos largo rato por una senda tenebrosa en forma espiral, que me parecia iba á conducirnos á los antipodas de la montaña. Por fin empezó á vislumbrarse una débil claridad, cuya causa no podia yo descubrir: incierta y pálida al principio como el crepúsculo del día, fué aumentándose poco á poco, y permitiéndome reconocer los objetos que me rodeaban. Había grandes salas embovedadas, talladas en la roca á derecha é izquierda de nuestro camino. En unas se advertian multitud de corazas, yelmos, lanzas y cimarras colocadas en orden como en los arsenales; otras contenian equipos y municiones de guerra. En una nueva série de subterráneos, que se perdian de vista, se descubrian prolongadas filas de caballeros armados hasta las uñas y con la lanza en ristre, dispuestos á cargar al enemigo; pero parecian petrificados sobre las sillas como otras tantas estatuas. Mas allá estaba la infanteria en buen orden; pero tambien inmóvil. Todos estos guerreros llevaban el traje y armas como los antiguos moros de Andalucía.

Finalmente llegamos á la entrada de una gruta inmensa, en cuyas paredes embutidas de oro y plata brillaban las mas preciosas pedrerías orientales. A uno de los extremos se veia un rey moro sentado sobre un trono que deslumbraba, rodeado de su corte y de una guardia de esclavos negros, con sable en mano, mientras que una numerosa multitud pasaba y se renovaba incesantemente inclinando la rodilla al llegar delante del monarca. Unos llevaban magníficas túnicas flotantes, otros armaduras, ya bien pulimentadas é intactas, ya abolladas y cubiertas de óxido. Yo entretanto me frotaba los ojos, y la lengua se me escapaba de la boca. Camarada, dije á mi introductor despues de un largo silencio, ¿dónde estamos y qué significa todo esto?— Todo esto, contestó, es un grande y terrible misterio. ¿Cristiano, tienes á tu vista la corte y el ejército de Boabdil, último rey de Granada. — ¿Qué diablos me decís? si hace ya algunos centenares de años que este príncipe y los suyos desterrados del continente fueron á morir miserablemente al Africa.

— Eso es en efecto lo que se lee en vuestras falsas crónicas, replicó el moro con desden; pero habeis de saber que Boabdil y los guerreros que sostuvieron la última lucha de Granada están aquí encerrados por un encanto invencible. El rey y el ejército que salieron de la Alhambra despues de la capitulacion de la ciudad, era un ejército de fantasmas, á las que Alá permitió tomar aquella forma para engañar á los monarcas cristianos; porque no ignoreis, amigo mio, que la España toda es un país encantado; que no hay una caverna ni una torre antigua que no encierre algunos hijos del profeta sumergidos en un sueño mágico hasta la espiracion completa de los pecados por los cuales permitió Alá que la posesion de este reino fuese temporalmente usurpada á los verdaderos creyentes. Desde entonces una vez al año en la

vispera de vuestro S. Juan ven suspenderse su fatal encanto desde que se pone el sol hasta que aparece de nuevo; y en este intervalo acorren de todos los ángulos de España para venir á rendir homenaje á su soberano, como habeis presenciado; y yo mismo he venido como sabeis desde Castilla la Vieja donde debo hallarme de vuelta mañana antes de amanecer. Esta es una muy corta y rara distraccion; pero nos consolamos acordándonos que está escrito en el libro del destino que á la espiracion de nuestro encanto, Boabdil debe descender de la montaña del sol á la cabeza de sus escuadrones, y despues de haber restablecido su autoridad en Granada, someterá de nuevo la península á la ley musulmana.

— ¿Y cuando sucederá eso? pregunté. — Solo Alá lo sabe. Hace algunos años habiamos esperado que ese día se acercaba, pero desgraciadamente vino de gobernador á la Alhambra un soldado viejo conocido bajo el nombre del comandante Manco, que él con un solo brazo hace mas daño que los mas espeditos con los dos, y que por la noche dicen que duerme con solo un ojo á fin de tener el otro sobre su fortaleza. Y seguramente en tanto que semejante hombre ocupe ese puesto y se halle dispuesto á repeler nuestra primera irrupcion, temo que tengan bien poca esperanza Boabdil y sus guerreros. » Entonces el comandante Manco ajustó su cinturón, acarició su vigoete, y se estiró sobre su camape de forma que parecia haber crecido vara y media.

— « Pero para abreviar tan larga historia, y economizar los momentos de V. E., continuó el soldado, mi compañero despues de haberme hecho esta confianza, echó pie á tierra. « Quédate ahí, me dijo, mientras que voy á inclinarme ante el miramamolín », y se perdió entre la multitud que se precipitaba hácia el trono. Luego que me vi solo dije para mí, ¿qué haré? esperar al infiel que vuelva y me lleve sabe Dios donde, sobre su caballo del otro mundo? ¿O me escurriré honitamente de esta cueva de espectros para respirar el aire de los vivos? Un soldado tarda muy poco en tomar su partido, y yo me decidí por el último. En cuanto al caballo, como que pertenecía á un enemigo del reino y de la fé católica, era de buena presa segun las reglas de la guerra. Así que, saltando de la grupa á la silla, volví bridas, introduje los estribos moriscos en sus hijares, y le hice tomar mas que de paso el camino por donde habia venido.

Era empresa arriesgada; porque mientras atravesaba las salas donde estaban los escuadrones y batallones armados, se oyó un fuerte palaleo acompañado de gritos amenazadores. Piqué de espuela, pero al mismo tiempo se oia detrás de mí el ruido sordo de un formidable galope de caballos, que hacia temblar todo el subterráneo; y á poco rato fui alcanzado y envuelto por una multitud que me condujo á la salida de la caverna desde donde se dispersó en la direccion de los cuatro vientos cardinales. En medio de aquel terrible turbion, fui lanzado á tierra sin conocimiento, y cuando volví en mí me hallé sobre la cima de una montaña con un caballo árabe al lado y mi brazo enredado entre las bridas, lo cual me persuadió que le impidió regresar á su guarida en el fondo de Castilla la Vieja.

« V. E. puede juzgar de mi sorpresa cuando mirando en derredor, reconocí las producciones y los indicios de una comarca mucho mas meridional que la en que me hallaba la vispera; con una gran ciudad, torres, palacios, y una catedral á mis pies. Me levanté, descendí de la montaña con precaucion conduciendo del diestro á mi caballo, porque no me atreví á subir en él temiendo algun nuevo sortilegio, y entonces fue cuando encontré vuestra patrulla, por la que supe que me hallaba delan-

te de la célebre ciudad de Granada. Tal noticia me hizo manifestarle mi deseo de ser presentado á V. E. para revelarles los peligros invisibles que le rodean, á fin de que tome las medidas oportunas para preservar á esta fortaleza y á todo el reino de las tentativas del ejército infiel que debe salir un día de los senos de la montaña del Sol.

— Está bien, muy bien, dijo el comandante Manco rascándose la oreja como quien no sabiendo que pensar de esta comunicacion concordante con la tradicion mas acreditada del país, trataba de leer en los ojos del franciscano que por desgracia los tenia cerrados á impulsos del sueño. — ¿Y vos, amigo, que pareceis hombre de recursos y de imaginacion, qué me aconsejais contra ese peligro? — No le toca á un simple soldado remontar hasta su general, y mucho menos un general de la experiencia y sagacidad de V. E.; pero me parece que debería desde luego cerrarse la entrada de la caverna con una sólida pared maestra á fin de aprisionar en ella á Bhabdil y su ejército; en seguida, añadió santiguándose devotamente y volviéndose hácia el fraile, se debería consagrar solemnemente el lugar por medio de la cruz, de reliquias é imágenes de santos en número suficiente para neutralizar los encantamientos. ¿Qué os parece, reverendo padre?

— Seguramente, contestó el franciscano con tono distraído; porque en aquel momento su atencion se habia fijado sobre una borla de oro que pendia por debajo de la casaca del soldado. Se acercó de repente, y á pesar de la resistencia de este, logró poner la mano sobre una enorme bolsa de terciopelo que no parecia desprovista. Desocupada sobre la mesa del gobernador deslumbró sus ojos y los de la concurrencia una rica coleccion de cruces de diamantes, de rosarios, de perlas, de monedas antiguas de oro, muchas de las cuales cayeron saltando sobre el suelo, y no pararon de rodar hasta los extremos de la habitacion.

— « Infame sacrilego, exclamó el reverendo transportado de furor á vista de las cruces y de los rosarios, ¿que iglesia ó que capilla has despojado de estos objetos sagrados? — Ni una ni otra, contestó el soldado con serenidad, cuando sucedió este accidente iba á informar á S. E. de que al apoderarme del caballo del infiel habia descubierto debajo del arzon de su silla la presente bolsa que yo suponía podría contener el botin de sus antiguas correrías en tierra de cristianos. « Esta nueva declaracion y el tono con que fue hecha renovaron la perplejidad del valiente gobernador; pero algunas palabras que en voz baja le dijo su director espiritual le hicieron decidirse.

— « Cáspita, amigo, dijo entonces al soldado frunciendo las cejas; te equivocas miserablemente si crees darme que temer con tus historias de montañas y de sarrazenos encantados. — Yo os protesto Excmo. Sr... — Silencio: tu puedes ser soldado viejo; pero has dado con otro aun mas viejo que tú, y muy poco dispuesto á dejarse burlar. Hola, guardias, conducid á este hombre á la torre Bermeja. « La malagueña quiso interceder por el preso, pero una mirada severa del gobernador la cerró la boca. — « V. E. pensará lo que guste con respecto á mí, replicó el soldado con toda su serenidad; pero no por eso dejaré de suplicarle que tome en consideracion el aviso que acaba de recibir tocante á la caverna de la montaña del... — Bueno, bueno, perillan; piensa en tus propios asuntos que acaso no llevan buen camino. Hasta la vista.

Aquí se concluyó el interrogatorio; el preso fue conducido á las torres Bermejas, y el caballo á las cuadras

de S. E. En cuanto á la bolsa del soldado no obstante de algunas reclamaciones del franciscano con respecto á las santas albas que contenia, y á su entender pertenecian á la iglesia, el comandante Manco consignó provisionalmente el todo en sus arcas guarnecidas de hierro.

Para explicar la medida severa empleada contra el desconocido, nos será preciso decir que las Alpujarras, montañas inmediatas á Granada, se hallaban á la sazón infestadas de bandidos bajo el mando de un atrevido salteador llamado Juan Borrasco, que por medio de mil disfraces se introducía hasta en la misma ciudad para espiar la salida de convoyes, de mercancías ó de viajeros bien provistos. Estos rasgos de audacia reiterados habian llamado la atencion de las autoridades, y provocado de su parte una vigilancia rigurosa con respecto de los forasteros y vagabundos; de forma que el gobernador de la Alhambra se lisongeaba de tener bajo su ferula al capitán de la terrible banda.

No tardó en esparcirse la voz. Todos afirmaban que el formidable Borrasco, el terror de las Alpujarras habia caído en poder del comandante Manco. Así fue que todos cuantos habian ó creian haber sido robados por aquel, acudían á las torres Bermejas para complacerse en ver al bandido en el fondo de un calabozo como quien vé á la hiena por entre los hierros de la jaula. Pero ninguno conoció en él á Juan Borrasco, porque aquel terrible salteador era de una fisonomía feroz y repugnante, al paso que la del soldado era en extremo agradable y espresaba la alegría y la franqueza. Así es que empezó á correr la voz de que en la relacion del último podía haber algo de cierto; y un gran concurso de curiosos se dirigió hácia la montaña del Sol, para registrar la entrada de la caverna, y aun algunos se atrevieron á descender no se sabe hasta que profundidad, pero no osaron decir lo que habian visto ni oído.

La popularidad fue gradualmente aumentándose en favor del soldado. Porque los bandoleros, los contrabandistas y generalmente todos los demas que ejercen otras industrias de este jaez no suelen llevar entre el pueblo el sello de reprobacion que les imprime la ley; son por el contrario una especie de personajes caballerescos á los ojos de las clases bajas; por consiguiente empezaron muy luego á murmurar contra el rigor que se ejercia sobre el preso, que concluyó por verse considerado como un mártir.

Este entretanto se consolaba con una mala guitarra, acompañando con ella su inagotable repertorio de romances y seguidillas que le proporcionaba tantos oyentes como sujetos transitaban por aquel punto. Además de esto, las proposiciones galantes que dirigía á las mujeres le hacían parecer hermoso á los ojos de estas, y sobre todo despues que se habia despojado de su barba espesa. La malagueña de que arriba hicimos mérito no fue la última en quien halló simpatía. Despues de haber solicitado en vano del ceñudo gobernador algo menos de rigor en favor del soldado, resolvió tomar bajo su responsabilidad este caritativo cuidado, poniendo en contribucion todas las noches la cocina y la botega del potentado de la Alhambra.

Mientras se tramaba este pequeño complot en lo interior de la ciudadela, se formaba una tempestad aun mas terrible en lo exterior. El franciscano habia dicho alguna cosa en cuanto á la bolsa del soldado al inquisidor general, y este funcionario reclamaba el botin del sacrilego para la iglesia, y su cuerpo para el primer auto de fé. El gobernador no queria ceder ni lo uno ni lo otro reivindicando los despojos para el real fisco, y alegando en cuanto al preso que á él le correspondia hacerle ahor-

car de las almenas como espía apresado junto á los muros de la ciudadela.

La cuestión se acaloró; el santo oficio sostenía sus pretensiones, y fijó definitivamente un día para la entrada y el libre ejercicio de sus familiares en la Alhambra. — Que entren, respondió el Manco, ya que todas las puertas los están abiertas; pero ya veremos cual se dispondrá mas pronto; si la hoguera ó las baterías. Y en seguida dió las órdenes correspondientes. — «Sanchica, dijo á su joven ama antes de acostarse, mañana llama á mi puerta antes del primer canto del gallo; tengo cierto asunto que me precisa á vigilar por mí mismo.»

El gallo cantó, pero nadie fué á llamar á la puerta del gobernador: ya hacia tiempo que el sol doraba los hielos de Sierra Nevada cuando el veterano fue repentinamente interrumpido en sus ensueños matutinos por el sargento de quien hablamos arriba que con el terror impreso en su frente tartamudeaba estas palabras.

— Se fugó!... comandante!... se fugó...

— Se fugó!... ¿Quién?

— El soldado, el contrabandista, el bandido, el diablo... ¡que se yo quién es! Su calabozo está vacío y la puerta cerrada, de suerte que se ignora como ha podido escaparse: lo que en definitiva podría probar que es satanás ó Belcebú!

— ¿Quién fué el último que le vió ayer?

— Sanchica, que le llevó la cena.

— «Pues llamar á Sanchica inmediatamente.»

Nuevo desastre: la habitación de la doncella estaba desocupada, y su cama vacía; claro es que se había fugado con el preso. Esto fue una puñalada para el comandante Manco; pero aun le esperaba otra desgracia. Al entrar en su gabinete halló su arca estropeada, y de ella le faltaba la bolsa del soldado, con mas dos talegos de doblones que componían toda su fortuna.

Pero ¿qué camino habían tomado los fugitivos? Un pastor que durante la noche había bajado de la sierra del Sol declaró que había oído á lo lejos un poco antes de amanecer el galope de un caballo acompañado de un diálogo interrumpido por algunas carcajadas.

— «Qué visiten las cuadras» exclamó el gobernador fuera de sí.

Así lo ejecutaron. Todos los caballos ocupaban sus plazas excepto el árabe; en su puesto había una escarpia clavada sobre el pesebre, de la que pendía una piel de un jumento desollado el día anterior, y entre las dos orejas colocado un papel en que se leían estas palabras. «*Ricardo de un soldado viejo al comandante Manco.*»

EL TIO LOBERO.



Hay un ser en el reino animal que no ha sido aun descrito por los naturalistas, y que merece sin embargo fijar un momento la atención del observador curioso. Ora se le eleva á la dignidad de hombre porque tiene sus formas, ora se le coloque en la raza de las fieras porque participa de su instinto; el *hombre-fiera*, ó la *fiera-hombre*, pues ambos epítetos le convienen, es una aberración de la naturaleza digna de ser presentada al público; acreedora á que se la dediquen cuatro líneas siquiera en un *Semanario Pintoresco*.

En el corazón de una fragosa sierra, donde no se descubre ninguna humana huella, se encuentra como sus-

pendida sobre la vertiente de unas descarnadas y antiquísimas rocas una choza miserable de paja y espinos, mansión donde vegeta una familia salvaje que jamás conoció los encantos ni los peligros de la sociedad. Un hombre atezado, miserable, tan inmundo como los animales cuya carne está vedada á los musulmanes por la ley de su profeta, tan destrozado como cualquier drama traducido por un escritor de munición, tan cerdoso, en fin, y de tan fiero aspecto como el oso del Pirineo, yace en el suelo que le sirve de lecho, apoyando la cabeza en un lobo recién degollado, cuya sangre brota aun en abundancia, y cuya boca entreabierta deja descubrir los aguzados colmillos y las hambrientas fauces. Un chicuelo de cuatro años, forrado de piel de zorra, juguetea en un rincón con seis lobeznos que se agrupan y encaraman sobre una cazuela que contiene algunas gotas de leche. El tierno infante, que á primera vista parece hermano de aquellos, los arrastra de las patas, los zambulle en la vasija, los aprieta y estruja, y se sonríe bárbaramente de verlos padecer.

Un vestigio que se escapa á toda descripción, y que sin embargo tiene la osadía de titularse mujer, atiza con trémulas manos una hoguera donde se asan y consumen los ahumados miembros de un erizo. Al ver las facciones de la vieja, iluminadas por la llama, se creyera descubrir en ella el genio del romanticismo que inspiró á Victor Hugo el *Han de Islandia*, y á sus sectarios y discípulos las monstruosas novelas y los dramas patibularios.

Aquel hombre, pues, que duerme sobre su víctima, es el cazador de alimañas; el lobezno que retoza con los lobeznos es su hijo; y el vestigio que prepara el asado es la madre del uno y la mujer del otro. Estos seres salvajes viven aislados en medio de la sociedad; caminan á oscuras entre las luces del siglo; no pertenecen al pueblo ni á la nobleza, ni jamás se ocuparon de gerarquías; son libres sin haber tenido que conquistar su libertad; ricos en medio de las privaciones y de la pobreza; robustos sin conocer á los doctores de la medicina, y felices porque no tienen *porvenir* ni *pasado*. Ellos ven transcurrir sus días con la imposibilidad de un tronco á quien los años mutilan la corteza, y no piensan en el término de su vida, á la manera que la roca batida por las olas no imagina que desprendida alguna vez ha de rodar hasta el abismo de los mares. Cuarenta años hace que habitan la misma cabaña, que hacen las mismas tareas, que se alimentan y vegetan del mismo modo. El sol es para ellos una hoguera que calienta, y nada mas; el mundo solo un monte donde hay erizos y leña; la vida un conjunto de cuatro ó cinco necesidades, de donde brotan otros tantos placeres. Sus almas no son susceptibles de retener las impresiones, ni aun casi de recibirles: se asemejan al agua donde instantáneamente desaparecen los sulcos trazados por un remo.

El *lobero*, padre y patriarca de esta pequeña tribu, no es el Robinson de la fábula, ni el salvaje del Canadá, ni el caribe del Africa, y sin embargo participa del aspecto, hábitos é inclinaciones de estos tres seres. No pertenece á la república humana, y sin embargo egerce en ella una industria con la cual trafica y se sostiene. Busca á las alimañas, las sigue, vigila sus movimientos, reconoce sus huellas, las sorprende, las acomete, y las vence. La práctica le ha enseñado las sendas y trochas mas frecuentadas de las fieras, las épocas en que producen sus crías, y las guaridas donde las encaman. El tiene una exacta estadística de los habitantes del monte, sabe á punto cierto el número de lobos que en él se abriga, con distinción de sexos y aun de edades; las grutas en que se ocultan, y las horas en que las abandonan para buscar su

sustento. Tan familiarizado está con el trato de estos feroces animales, que pasa cerca de ellos sin echar mano á su cuchillo; y cuando alguna vez entre las sombras de la noche cruza silencioso por las cañadas donde reposan los rebaños, ladra el mastín, y se estremecen las ovejas teniéndole por una fiera que vá á devorar los recentales.

Como la ley señala un premio á los exterminadores de animales dañinos, el *lobero* tiene su principal interés en el beneficio de esta mina, pero no en su completa explotación. Así es que al apoderarse de los lobatos perdona la vida á la madre para que pueda rendirle otros frutos, y solo lucha frente á frente con ella cuando la necesidad le reduce á este extremo.

Terminaré estas ligeras apuntaciones sobre el *hombre-fiera*, refiriendo una anécdota de su vida; página suelta que podrá servir para el libro de su historia, si algun curioso se ocupase en escribirla. Es el caso que una tarde á puestas del sol caminaba el *tío 'obero* en dirección á su cabaña, rendido de cansancio, y pesaroso del mal éxito de sus trabajos de aquel día; se sentó á reposar sobre una piedra, dirigiendo en derredor sus torvas miradas por ver si descubría alguna raposa de las que á tales horas suelen andar cazando las descuidadas aves que se retiran á sus nidos. Largo rato permaneció así sin descubrir ningún objeto de los que ocupaban su imaginación, cuando repen-

tinamente vé agitarse las ramas de una parte del monte bajo, percibe las pisadas de un animal que se acerca hacia un grupo de rocas, y le siente escarvar la tierra, sacudirse, y rastrear al parecer sobre la yerba para meterse en una caverna. Entonces el hombre de las selvas se pone en pie, observa los matorrales y carrascos inmediatos, mide distancias, compara alturas, analiza mentalmente la posición de los objetos, y saca finalmente por consecuencia que aquella gruta es la guarida de una loba de poca edad, cuyos veloces pies han burlado por mucho tiempo su vigilante persecución. No bien concibe esta sospecha, cuando un rayo de esperanza le ilumina: pone mano á su cuchillo de monte, arroja al suelo el cayado, envuelve el brazo izquierdo en la piel que á prevención lleva siempre sobre su hombro, y se adelanta con paso firme hacia la entrada de la caverna. Sondea con escudriñadores ojos el interior, y percibe en confuso, al través de la oscuridad que en ella reina, una pata de la fiera: entonces fuera de tino la ase con violencia, la arrastra con hercúleo empuje hacia sí, y cuando iba á herirla con el cuchillo, le deja caer de la mano, y lanza un aullido de terror.... el lobo á quien iba á inmolarse era su hijo, el cual aun en su tierna edad descubría ya el instinto de su padre de perseguir á las alimañas en sus guaridas.

C. DIAZ.



MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.